

HOMILIA del obispo diocesano – Miércoles de Ceniza 2021

Con este rito de recibir en nuestras cabezas las cenizas al comienzo de la Cuaresma, se nos propone hacer un alto en nuestra vida corriente y replantearnos el camino de la conversión. Porque la sola palabra conversión es muy amplia ya que tenemos que convertirnos toda la vida. La Cuaresma por ser un tiempo de gracia, pero a su vez acotado en el tiempo, nos permite con esa misma gracia poder **transformar algo en nuestra vida cristiana, acompañados de la mirada paciente de Dios.**

Cuaresma: es un tiempo para renovar la fe, la esperanza y la caridad-dice Francisco-. En el actual contexto de preocupación en el que vivimos y en el que todo parece frágil e incierto, hablar de esperanza podría parecer una provocación. El tiempo de Cuaresma está hecho para esperar, para volver a dirigir la mirada a la paciencia de Dios, que sigue cuidando de su Creación, mientras que nosotros a menudo la maltratamos.

La Palabra de Dios nos interpela desde el profeta Joel: **"Vuelvan a mí de todo corazón..."**. La Cuaresma, como tiempo de conversión, es **un volvernos a Dios**. Volver a Dios con nuestras cargas y las de los otros, volver en nuestro camino, requiere pararse y comenzar a desandararlo. A veces volverse del camino ayuda a descansar, a encontrarnos con nosotros mismos y con los otros, a preguntar, a discernir, a pedir ayuda...

Volvernos como **comunidad eclesial**, de nuestras posturas rígidas y tajantes para volver a ser el "cacharro frágil" en manos del alfarero; a la misión en cuerpo que nos libra del individualismo estéril, a la confiada oración en común que renueva nuestro fervor misionero que apostando al tiempo de Dios, nos aleja del inmediatismo ansioso.

De un modo particular en esta pandemia, en que no han faltado en nuestra sociedad los miedos, las divisiones, el sufrimiento, la precariedad para atender a tantos, la violencia y la falta de justicia activa...El apóstol Pablo nos dice **"Les suplicamos en nombre de Cristo, déjense reconciliar por Dios"**. Debemos hacernos cargo, todos, también desde nuestro **compromiso ciudadano**, frente a las contiendas, las descalificaciones, el pesimismo y la precariedad por el bien común que nos aleja de la amistad social: sabemos que no lo haremos sin antes acercarnos de algún modo, con los que estamos distantes, enojados o enemistados.

Cuando Francisco enuncia que **"la unidad es superior al conflicto"** nos sugiere siempre apostar a un plano superior... sabemos que cada vez que las personas y comunidades aprendemos a apuntar más alto de nosotros mismos y de nuestros intereses particulares, la comprensión y el compromiso mutuo se transforman... aun conservando los valores comunes de las polaridades en conflicto, pueden alcanzar la unidad multiforme que engendra nueva vida. (FT 245)

Para volver a Dios, la Cuaresma nos presenta la oportunidad de desandar el camino, pues como dice el poeta: **"el mucho camino empaña el horizonte"**. Es un camino hacia la pasión, nuestro horizonte está en la cruz, desde allí nos mira el Señor, si buscamos su mirada, si nos volvemos a su mirar con todo el corazón, es posible que su gracia nos alcance, como su mirada, con toda la ternura de Dios.

"Vuelvan a mí de todo corazón, con ayuno, llantos y lamentos. Desgarren su corazón y no sus vestiduras y vuelvan al Señor, su Dios, porque Él es bondadoso y compasivo, lento para la ira y rico en amor..." (Jl 2,12 ss.)

Nos dice el Papa: vivir una Cuaresma de caridad quiere decir cuidar a quienes se encuentran en condiciones de sufrimiento, abandono o angustia a causa de la pandemia de COVID-19. En un contexto tan incierto sobre el futuro... ofrezcamos con nuestra caridad, una palabra de confianza, para que el otro sienta que Dios lo ama como a un hijo".

El ayuno, la oración y la limosna, tal como los presenta Jesús en su predicación (cf. Mt 6,1-18), son las condiciones y la expresión de nuestra conversión. La vía de la pobreza y de la privación (*el ayuno*), la mirada y los gestos de amor hacia la persona herida, (*la limosna*) y el diálogo filial con el Padre (*la oración*) nos permiten encarnar una fe sincera, una esperanza viva y una caridad operante.

En la Cuaresma estemos más atentos a decir palabras de aliento, que reconfortan, que fortalecen, que consuelan, que estimulan, en lugar de palabras que humillan, que entristecen, que irritan, que desprecian.

Algunos dirán: *no me animo a volver, no me encuentro en este volver, cómo hago?, es difícil el retorno, hay distancias insalvables o... no puedo ver a Dios...* entonces recordemos que junto a la cruz está **la Madre; ella mira de una manera distinta a sus hijas e hijos** y a los acontecimientos del mundo, ella, desde aquel momento se convirtió en **Madre del Pueblo de Dios**. Ella nos irá haciendo volver, y de a poco podremos encontrarnos con los ojos del Hijo, y hasta escucharlo: **Vengan a mi todos los que andan agobiados, yo los aliviaré...**

Finalmente la Cuaresma tiene una meta: la **Pascua del resucitado**. Si nos dejamos mirar, si nos volvemos con todo el corazón, si **nos dejamos mirar por Dios**, nos abrirá Él mismo su costado, para contemplar un poco más de su gran amor, de su cercanía, de su bondad y de su gloria.